

LA MEMORIA EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

Dra. CECILIA HIDALGO (U.B.A.)

*"En todo enfrentamiento crítico con el propio pasado
late implícita la esperanza de un nuevo comienzo."
Arcadio Díaz Quiñones.*

Psicólogos, antropólogos e historiadores han confluído en el interés por la memoria. Suele decirse que los psicólogos se han preocupado centralmente por *cómo* recuerdan los individuos. Los antropólogos e historiadores, por su parte, han estudiado qué recuerdan los individuos y cómo estos recuerdos se ven afectados por lo que una sociedad considera aceptable recordar y olvidar. De este modo ha sido central a la investigación social al respecto, precisamente *la relación entre la memoria individual y la memoria colectiva*.

Memor, la palabra latina, pertenece a un núcleo semántico asociado siempre al pensamiento como actividad, como práctica. En su raíz latina encierra ya la idea de un proceso activo, muy lejos de la connotación estática que luego llegó a tener, según la cual la memoria sería algo así como el archivo del pasado dado de por sí, pasible de ser recopilado, cuidado, depositado en museos o rescatado ante la posibilidad de su pérdida.

En consonancia con la primera connotación dinámica latina, la idea de *imprimir* era concebida por los antiguos filósofos y poetas como una manera de no olvidar, como una actividad, y es por ello que la memoria se relaciona tanto con la escritura, con la iconografía, con la construcción de monumentos. *Imprimir, grabar, salvar* son todos procesos activos y en gran medida deliberados. La memoria es constitutiva de la identidad individual y social, uniéndonos a un pasado que ella misma construye. Pero también resultan activos sus opuestos *eliminar, borrar, suprimir*, y paralelamente entonces, aquello que se pretende eliminar también nos constituye individual y socialmente. De allí que la búsqueda de nuevas respuestas implique siempre la reformulación de una nueva memoria.

Pueden trazarse muchos paralelismos entre las tesis formuladas por los psicólogos y las de los antropólogos e historiadores. Así como para el caso de la memoria individual, se puede distinguir entre la memoria de corto y largo alcance, o hablar de exclusión y represión, en los procesos sociales tam-

bién hay exclusión y represión de la memoria. También se puede pensar en el corto y en el largo alcance. Los procesos de conquista y dominación producen deliberadamente una mutilación de la memoria: hay un pasado que los conquistadores se esfuerzan por reprimir. Es común la destrucción de templos, de monumentos, de todo lo que pueda contribuir a la continuidad cultural, y —en especial— la imposición de una nueva lengua oficial y de nuevas formas de organización social ha tenido una eficacia arrolladora. Bien sabemos que continuamente hay trayectorias de la memoria deliberadamente negadas por el poder político o económico. Pero también amnesias colectivas sorprendentes, que hasta parecen obstinadas en transformar el pasado mediante la negación.

¿Qué recuerda una sociedad? ¿Por qué olvida lo que olvida?

Decíamos que desde el punto de vista social puede hablarse de una memoria de largo alcance, que puede a su vez concernir a las experiencias de los individuos durante sus vidas, o bien relacionarse con el conocimiento descontextualizado de la experiencia individual. Así, es posible equiparar lo que los antropólogos han denominado *cultura* con el conocimiento compartido que diferentes miembros de una sociedad han conservado en su memoria de largo alcance. Del mismo modo, la *historia* misma, en tanto disciplina académica, ha sido concebida por los seguidores de Hyden White como una manera de recordar semejante a otros tipos de recuerdo.

En tal medida, conceptos tan centrales como *cultura e historia* supondrían una vinculación estrecha con problemas acerca de la memoria. No es casual, pues, que tantos científicos sociales hayan intentado atender conjuntamente a los aspectos psicológicos y antropológicos, que se hayan esforzado por integrar y articular resultados respecto de las características de la agencia, la acción humana individual o aun la personalidad, con hipótesis acerca de la estructura social. Baste con mencionar a Emile Durkheim, Gregory Bateson, Margaret Mead o Anthony Guiddens.

Desde la década de 1930 hay estudios que muestran cómo lo que la gente recuerda depende de contextos presentes que sesgan la interpretación de lo ocurrido y pautan una redefinición del pasado. Las posiciones presentes de los agentes, sumadas a su capacidad de asimilar lo acaecido en narraciones plausibles, terminan estructurando versiones del pasado que la memoria individual y social recordará o dejará en el olvido.

Son muchos los trabajos que demuestran que lo que la gente recuerda de una narración o de algo que ha observado depende de la manera en que ve las cosas, que a su vez está creada por su cultura. Es decir, la cultura filtra lo que se recuerda —al modo de los paradigmas kuhnianos—, y es improbable que la nueva información desafíe de una manera simple y directa las pre-

concepciones más acendradas de la gente. A su turno, antropólogos y sociólogos han mostrado las relaciones entre el conocimiento y la organización social. La idea durkheimiana de memoria colectiva enfatizaba el hecho de que el acto de recordar era siempre social, porque lo que se recordaba tenía siempre que ver con lo que socialmente se aprobaba y construía a través de un proceso de interacción y acomodación del cual los participantes no se percataban plenamente.

Del mismo modo, algunos autores han desarrollado la idea de "memoria distribuida", es decir, en un grupo la memoria social puede estar distribuida de manera desigual en las mentes de sus miembros, aunque puede ponerse en conjunción en momentos como el ritual. Frederick Barth ha sostenido que en ciertas sociedades los rituales pueden primero servir para organizar la memoria distribuida, luego fijar ciertas representaciones y significados que posteriormente informarán la percepción y las prácticas futuras. (Véase Bloch.)

Los antropólogos británicos (Malinovski, Radcliffe-Brown y Edmund Leach, y en nuestros días Mary Douglas) han enfatizado el lado pragmático de la cuestión, sosteniendo que lo que la gente recuerda en los contextos sociales es usado para legitimar instituciones o para respaldar pretensiones de estatus o derechos. Prestaron así especial atención a un tipo de olvido selectivo, al que denominaron "amnesia estructural". Estudiando los sistemas de parentesco y la constitución de linajes y genealogías advirtieron que sólo aquellos ancestros que eran relevantes a la situación presente eran evocados del pasado, olvidándose los demás. Así, se ha señalado que todas las narrativas acerca del pasado están afectadas por los antagonismos e intereses sociales vigentes.

Pero como una cosa es lo que se recuerda o se olvida y otra muy distinta las marcas (arqueológicas, documentales, monumentales) que lo ocurrido deja, muchas veces "imborrables" a pesar de todo el esfuerzo de represión, es importante señalar —como lo enfatiza el epígrafe de este trabajo— que toda voluntad transformadora —y enfocada por ello hacia el futuro— supone un diálogo crítico con el pasado y una redefinición de los acontecimientos, la construcción de nuevas genealogías y de nuevos paradigmas interpretativos. La memoria rota por los procesos de dominación política o colonial puede intentar recomponerse, y esto es precisamente lo que intentan los movimientos políticos que proponen transformaciones. Son destacables en este sentido, en la esfera académica, los estudios revisionistas encarados por las escuelas histórico-antropológicas conocidos como "estudios subalternos", en los que la búsqueda de nuevos tipos de "evidencias" y material informativo básico va en paralelo con la formulación de nuevos enfoques interpretativos y analíticos. En

esta dimensión podemos ubicar las recopilaciones de testimonios de las víctimas del terrorismo de Estado (Informe CONADEP), de la experiencia singular de agentes excluidos o silenciados por las corrientes hegemónicas de descripción social (confirma la obra de Oscar Lewis sobre las duras condiciones de existencia de los pobres urbanos en épocas de "progreso" y "éxito" industrial) o de la propuesta de una reevaluación de la mitologizada historia profesional (confirman las obras de Vezzetti sobre lecturas freudianas previas a la introducción propiamente psicoanalítica de su obra y práctica en Buenos Aires).

Lejos de la temática de los procesos mentales, los antropólogos han señalado la importancia de la cultura material como una manera en que las sociedades deliberadamente eligen codificar la memoria. A menudo los monumentos se hacen precisamente contra el olvido. Estatuas, memoriales de guerra, tumbas elaboradas, grabados en piedra son representaciones de complejas historias, y su realización y destrucción son vistas como recursos para la evocación, la transformación e incluso la abolición de ciertas formas de memoria de alianzas y acontecimientos.

Bibliografía

- Bloch, M. (1992): "Internal and External Memory: Different ways of Being in History", *Suomen Anthropology*, 1: 3-15.
- Connerton, P. (1989): *How societies remember*. Cambridge University Press.
- Díaz Quiñones, A. (1993): *La memoria rota. Ensayos sobre cultura y política*. Ediciones Huracán, Puerto Rico.
- Freud, S. (1934-1938): *Moisés y la religión monoteísta: tres ensayos*. Biblioteca Nueva, Madrid.
- Hutton, P. (1993): "Maurice Halbwachs as Historian of Collective Memory", en *History as an Art of Memory*. Hanover. University Press of New England.